

YO TAMBIÉN QUIERO SER UN HOMBRE BLANCO HETEROSEXUAL

Carla Zúñiga M.

PERSONAJES

LA MUJER HAITIANA

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA

ERNESTO

LORENZO, el padre de la primera familia

CLARA, la madre de la primera familia

DOLORES, la madre de la segunda familia

DAMIÁN, el hijo de la segunda familia

ABUELA CAROLINA, la abuela de la segunda familia

JAIME

ESCENA 1: Un día voy a ser tan feliz.

Haití. Una mujer negra lesbiana acaba de ser brutalmente violada por 5 hombres y yace tirada en el piso, sangrando. Habla en creolé.

LA MUJER HAITIANA:

Me habría gustado haber nacido distinta. En otro país. En otra familia. Con otra cara. Con otro corazón. Mi madre siempre me ha dicho que este es mi destino y que no hay nada que yo pueda hacer. Una vez leí un libro donde un hombre se despertaba convertido en un insecto gigante. Mi historia es al revés. Yo soy un insecto gigante que sueña con transformarse mágicamente en un hombre. Yo sería un hombre bueno. Yo sería un padre de familia. Sería un hombre elegante, bueno con los animales. No sería como mi padre que me violó cuando tenía cinco años. Tampoco sería como los hombres que me violaron cuando tenía doce. Ni tampoco sería como los hombres que me violaron ahora. Sería profesor. Le enseñaría a leer a los niños pobres. Le enseñaría a las niñas pequeñas a acuchillar a los hombres que las tocaran donde no se debe. Si fuera un hombre me casaría con Leandre. En realidad Leandre no se llama Leandre. En realidad se llama Leyna. A todo el mundo le digo que voy a casarme con Leandre. Cuando me preguntan yo digo: Leandre es un hombre espectacular, deberías conocerlo. Leandre es un hombre fuerte pero sensible. Leandre es uno de esos hombres que te hacen sentir protegida. Digo que siempre anda de viaje porque es del ejército. Y me escribo cartas a mí misma que dicen: Simplemente no puedo vivir sin ti, siempre tuyo, Leandre. Las dejo encima de la mesa para que mi madre las lea y se ponga feliz. Ella siempre ha esperado que una de nosotras se case con un buen hombre y pueda vivir bien. Vivir bien. A veces me pregunto qué significa eso. Sólo sé que no debe significar esto. Fingir que estás enamorada de Leandre y que te violen camino a ver a Leyna. Leyna me debe estar esperando. Nos juntamos todas las noches a escondidas en una iglesia abandonada. Leyna me ayuda a escribir las cartas falsas de Leandre. Ella también me escribe cartas pero esas las quemo y las guardo para siempre en mi corazón. Nadie puede leerlas. A las mujeres acá las matan por amarse entre ellas. Las apedrean hasta que se mueren en medio de la plaza. Así he visto morir a varias. Así he visto morir a mis amigas. Mujeres con las que me he besado escondida y llena de culpa debajo de un árbol. Un día voy a robar un banco y voy a comprar un pasaje de avión para mí y para Leyna y vamos a irnos lejos. Vamos a irnos a otro país. Yo me voy a transformar en un hombre blanco heterosexual y ella va a ser mi esposa. Voy a ser profesor de un colegio y ella me va a llevar la comida a la hora de almuerzo. Yo la voy a dejar embarazada y vamos a tener tres niños blancos y rubios heterosexuales que van a ser tan felices. Yo voy a ser tan feliz que apenas voy a acordarme de este momento. De esta calle silenciosa. Y de los cinco hombres encima de mí violándome, debajo de este cielo sin luna y sin estrellas.

ESCENA 2: La felicidad aparente.

Otro living de otra casa. Dolores, una mujer de aproximadamente 35 años que está embarazada, conversa con su hijo Damián mientras saca un pollo recién asado del horno. Damián tiene 15 años, está en la flor de su juventud. Ambos se ríen a carcajada. Están felices. Verdaderamente felices. Dolores es rubia y hermosa.

DAMIÁN: **Parando de reírse.**
¿Mamá?

DOLORES:
¿Sí?

DAMIÁN:
A veces me siento culpable.

DOLORES:
¿Por qué, mi amor?

DAMIÁN:
Porque a veces siento que soy demasiado feliz.

DOLORES:
¿A qué te refieres, mi vida?

DAMIÁN:
Hay momentos, como este por ejemplo, en que me siento pleno. Siento que mi vida está en equilibrio, tengo amor en mi corazón, me siento amado, tengo todo lo que necesito. Pero me asusto.

DOLORES:
¿Por qué?

DAMIÁN:
Porque hay gente que en esta vida no tiene nada.

DOLORES:
¿Nada? Todos tienen algo, Damián.

DAMIÁN:
Pero algunos tienen muy poco.

DOLORES:
¿Cómo quién por ejemplo?

DAMIÁN:

El otro día fui a caminar por una población y vi a un niño de dos años sentado en la calle comiendo tierra.

DOLORES:

¿Por qué fuiste a darte una vuelta por una población?

DAMIÁN:

Quería ver un lugar que fuera distinto adonde vivimos nosotros.

DOLORES:

¿Fuiste solo?

DAMIÁN:

Fui con mi amigo Gaspar.

DOLORES:

¿Y no me contaste? No me gusta que no me cuentes las cosas. Es muy peligroso que vayas a meterte a una población sin la supervisión de un adulto.

DAMIÁN:

Lo siento, mamá.

DOLORES:

¿Y qué más viste?

DAMIÁN:

Vi a una familia comiéndose al perro.

DOLORES:

¿Al perro?

DAMIÁN:

Sí. Los niños no sabían que era su perro lo que se estaban comiendo. Sólo la madre sabía. Dijo que estaba desesperada porque no tenían nada para comer y había matado al perro y lo había hecho a la cacerola.

DOLORES:

Dios mío...

DAMIÁN:

Me sentí tan mal ese día que me quedé a comer con ellos.

DOLORES:

¿Te quedaste a comer con ellos? ¿Comiste perro?

DAMIÁN:
Sí.

DOLORES:
¡Pero Damián!

DAMIÁN:
Quise sentir lo que se sentía no tener nada para comer. Acá siempre tenemos tantas cosas...

DOLORES:
¿Y cómo era?

DAMIÁN:
¿Qué cosa?

DOLORES:
El perro.

DAMIÁN:
Asqueroso pero delicioso a la vez. Estaba hecho con mucho amor.

DOLORES:
No debiste haber comido eso.

DAMIÁN:
¿Por qué no?

DOLORES:
Porque es peligroso.

DAMIÁN:
¿Por qué?

DOLORES:
Te podrías haber enfermado del estómago.

DAMIÁN:
Me enfermé del estómago. Estuve vomitando sangre por dos días.

DOLORES:
¡Damián! ¿Me estás hablando en serio?

DAMIÁN:
Muy en serio.

DOLORES:

¿Y por qué no me lo dijiste?

DAMIÁN:

No sé. Pensé que te ibas a enojar.

DOLORES:

Estoy enojada, estoy muy enojada.

DAMIÁN:

Perdón, mamá.

DOLORES:

¿Has estado haciendo más cosas a mis espaldas?

DAMIÁN:

Puede ser.

DOLORES:

Dime, hijo.

DAMIÁN:

He estado durmiendo en el patio.

DOLORES:

¿Qué?

DAMIÁN:

He estado durmiendo en el patio, con nuestro perro.

DOLORES:

¿Por qué, Damián?

DAMIÁN:

Porque esta familia de la que te hablo, a veces tenía que dormir a la intemperie porque la casa se les llovía. Y se veían obligados a ir a dormir a la calle, casi sin frazadas, sin un techo, sin nada que los mantuviera abrigados.

DOLORES:

¿Y tú has estado durmiendo en el patio? ¿Sin frazadas y sin nada?

DAMIÁN:

Sí, mamá.

DOLORES:

Pero Damián. Nosotros con tu padre te hemos dado todo para que tú no tengas que sufrir esas penurias, y resulta que las has estado sufriendo igual.

DAMIÁN:

No ha sido igual, mamá. Después de dormir algunas horas en el patio, entro a la casa y me baño con agua caliente.

DOLORES:

Damián, no debes sentirte culpable por tener todas las cosas que tenemos.

DAMIÁN:

¿Por qué no?

DOLORES:

Porque es lo que te tocó. Y nosotros hemos trabajado mucho para tener todas las cosas que tenemos.

DAMIÁN:

Pero ellos también han trabajado mucho. Todos los hermanos de esa casa trabajan. Hasta el niño de dos años que come tierra, mamá. Él también trabaja.

DOLORES:

¿En qué?

DAMIÁN:

Canta en las micros.

DOLORES:

Dios mío santo, Damián, qué terrible.

DAMIÁN:

Yo también empecé a trabajar.

DOLORES:

¿Qué?

DAMIÁN:

Empecé a trabajar.

DOLORES:

¿En qué?

DAMIÁN:

Pido plata en la calle.

DOLORES:

¿Pides plata en la calle?

DAMIÁN:

Sí.

DOLORES:

¿Para qué? Tú no tienes necesidad... acá tienes todo... ¿Cuándo?

DAMIÁN:

Algunos días, después de ir al colegio.

DOLORES:

Damián... ¿Qué otras cosas has estado haciendo?

DAMIÁN:

Probé la pasta base.

DOLORES:

¿Probaste la pasta base?

DAMIÁN:

Sí... es que ellos la prueban todo el tiempo...

DOLORES:

¡Damián! Dios mío... júrame que nunca más vas a volver a hacer algo así.

DAMIÁN:

¿Por qué no, mamá? Hay gente que siempre hace esas cosas.

DOLORES:

Pero nosotros no. Nosotros somos distintos.

DAMIÁN:

¿Por qué?

DOLORES:

Porque nosotros no vivimos en la población.

DAMIÁN:

¿Pero qué más?

DOLORES:

¿Cómo qué más?

DAMIÁN:

¿Qué otra diferencia hay entre ellos y nosotros?

DOLORES:

Muchas más... Damián, no vas a volver a ir a visitar a esas personas.

DAMIÁN:

Pero, mamá...

DOLORES:

Te lo prohíbo. Esta es tu casa. Nosotros somos felices, no tenemos que comer perro al almuerzo, tenemos un hogar, nos amamos, no fumamos pasta base y gracias a Dios tú no tienes la necesidad de trabajar... Siempre te hemos dado amor... te hemos dado todas esas comodidades porque podemos. ¿Acaso no eres feliz acá con nosotros?

DAMIÁN:

Por supuesto que soy feliz, mamá. Tal vez demasiado feliz.

DOLORES:

Nunca es demasiada la felicidad.

DAMIÁN:

¿Entonces nunca más voy a poder ir a ver a mis amigos de la población?

DOLORES:

No, cariño mío.

DAMIÁN:

Ellos me van a estar esperando.

DOLORES:

Que te esperen. Deben estar acostumbrados a esperar cosas que nunca llegan.

DAMIÁN:

Perdóname, mamá.

DOLORES:

No te preocupes, amor mío. Tú eres todo para mí. Y mientras tú, tu padre y el bebé que viene en camino estén bien, todo va a estar bien.

DAMIÁN:

Te amo, mamá.

DOLORES:

Y yo a ti, mi amor.

DAMIÁN:

Somos muy afortunados.

DOLORES:

Muy afortunados, cariño mío. Muy afortunados.

Suena la puerta. Alguien ha llegado a la casa.

DOLORES:

¿Amor? ¿Eres tú?

Aparece Ernesto, el padre de familia. Viene manchado con sangre y con rabia en la mirada.

DAMIÁN:

¿Papá? ¿Estás bien?

ESCENA 3: Una de las primeras mentiras.

Chile. El comedor de una casa de clase media. Es la noche. Lorenzo, el padre de familia, está sentado a la mesa junto a su esposa Clara. Ambos tienen aproximadamente 50 años y son de piel blanca y cabellos claros. La cena está servida pero nadie ha comido. Una mujer haitiana, de piel negra y de aproximadamente 25 años, está sentada a la mesa también. Lorenzo y Clara no entienden nada.

LA MUJER HAITIANA:

¿Y cómo estuvo su día? Mi día estuvo horrible. Me retaron en el trabajo, mi jefe me humilló delante de todos, me gritó, me dijo que no servía para nada, que cuál era mi propósito en esta vida, que para qué había nacido, me preguntó que qué se sentía ser tan tonta, tan ignorante, tan poca cosa. Mis compañeros se reían a carcajadas. Hasta las personas que tienen síndrome de down que contrató la fábrica se burlan de mí sin ningún tipo de piedad. Esconden mis cosas, me hacen zancadillas, me esconden el almuerzo, me hacen la ley del hielo, no me dejan mear tranquila, tengo que ir a mear al patio porque siempre están esperándome en el baño para hacerme la vida imposible. Yo no sé por qué siempre me ha costado tanto tener amigos. Me siento tan sola que a veces he pensado seriamente en morir. En morir y en reencarnarme en otra persona. En alguien con mejor suerte. Alguien más alegre. Alguien que haya tenido una mejor vida que yo. En algún insecto tal vez. En una mariposa. En una araña de rincón. Como ese libro donde un hombre se despierta convertido en un insecto gigante. ¿Lo leyeron? ¿Ustedes creen que del día a la mañana uno pueda convertirse en una persona completamente nueva? Pero luego recuerdo que ustedes están acá esperándome en la casa y me siento tan feliz. Por fin estoy en mi hogar, rodeada de la gente que realmente me ama. ¿Me pasan la ensalada, por favor?

Silencio.

LA MUJER HAITIANA:

¿Me pasan la ensalada? ¿Mamá? ¿Papá? ¿Qué pasa? ¿Por qué no me hablan?

LORENZO:

Clara, ándate a la pieza, llama a los carabineros.

LA MUJER HAITIANA:

¿Qué pasa?

CLARA:

¿Quién eres tú?

LA MUJER HAITIANA:

¿A qué te refieres?

CLARA:
¿Quién eres?

LA MUJER HAITIANA:
Soy yo. Tu hija.

LORENZO:
¿Nuestra hija?

LA MUJER HAITIANA:
Sí... ¿Qué pasa? Me están asustando.

LORENZO:
¡Clara! Llama a los carabineros.

LA MUJER HAITIANA:
¿Por qué van a llamar a los carabineros?

Clara se levanta, la mujer haitiana se pone al lado de ella.

LORENZO:
Quédate ahí, Clara. Puede tener un arma.

LA MUJER HAITIANA:
No tengo un arma.

LORENZO:
No le creas.

CLARA:
Tranquila, ¿Qué es lo que quieres?

LA MUJER HAITIANA:
¿Qué es lo que quiero? Estar en mi casa, con mi familia, eso es todo.

CLARA:
Nosotros no somos tu familia.

LA MUJER HAITIANA:
¿Qué les pasa?

LORENZO:
¿Cómo te llamas?

LA MUJER HAITIANA:
Soy yo, Cristina.

CLARA:
Dinos tu nombre verdadero.

LA MUJER HAITIANA:
¡Cristina!

LORENZO:
No eres Cristina.

LA MUJER HAITIANA:
Sí soy ella. Soy su hija que nació el 3 de julio de 1993. Rut 19.747.889-k.

CLARA:
¿Qué le hiciste a nuestra hija?

LA MUJER HAITIANA:
¡Nada! ¡Yo soy su hija!

LORENZO:
Eres negra.

LA MUJER HAITIANA:
¿Qué?

LORENZO:
Eres negra.

LA MUJER HAITIANA:
¿Y?

CLARA:
Ninguno de nosotros es negro, Cristina.

LORENZO:
No le digas Cristina, no es su verdadero nombre.

LA MUJER HAITIANA:
Sí es mi verdadero nombre.

LORENZO:
Acá tenemos una foto con nuestra hija. Mírala. Es de piel blanca, ojos azules, cabellos claros.

LA MUJER HAITIANA:
Las personas cambian.

CLARA:
¿Qué?

LA MUJER HAITIANA:
Las personas cambian. Yo cambié. Ya no soy esa de la foto.

LORENZO:
La vimos esta mañana. ¿Vas a decirme que de la mañana hasta ahora en la noche, mi hija Cristina cambió y ahora eres tú?

LA MUJER HAITIANA:
Sí. Eso estoy diciendo.

CLARA:
Tienes acento haitiano.

LA MUJER HAITIANA:
No es verdad. Yo hablo español perfectamente.

LORENZO:
Yo voy a llamar a los carabineros. **Llamando por teléfono.** ¿Aló? ¿Carabineros? Necesito que manden una patrulla urgente. Ha entrado a mi casa una mujer haitiana que dice que es mi hija. No, no es mi hija. ¿Qué cómo lo sé? No es mi hija. Mi hija no es haitiana. No, yo no soy haitiano tampoco. No, no la conozco. No sé dónde está mi hija. No, no es ella disfrazada. ¿Qué cómo lo sé? Porque su piel es negra de verdad, no de maquillaje. ¿Qué? No, no la he tocado. A ver, espérame. **Dejando el teléfono de lado.** Clara, ¿Tienes desmaquillante?

CLARA:
Sí, ¿Para qué?

LORENZO:
El carabinero dice que nos aseguremos que no es Cristina y que para eso le echemos desmaquillante, para ver si no es ella maquillada de haitiana.

CLARA:
¿Por qué Cristina haría algo así?

LORENZO:
Anda a saber tú... los jóvenes hacen cosas extrañas... anda a traer el desmaquillante...

Clara sale.

LORENZO: **A la mujer haitiana.**
¿Eres Cristina maquillada?

LA MUJER HAITIANA:
Sí.

LORENZO:
No te creo.

LA MUJER HAITIANA:
Pregúntame cualquier cosa.

LORENZO:
¿Qué te digo siempre que es lo más lindo que tienes tú?

LA MUJER HAITIANA:
Mi corazón.

LORENZO: **Sorprendido.**
Cristina... ¿Eres realmente tú?

Aparece Clara, trae desmaquillante.

CLARA:
¿Ahora qué hago?

LORENZO:
Pásale por la piel a ver si le sale algo.

Clara se acerca a la mujer haitiana y le echa desmaquillante. No sale nada.

CLARA:
No sale nada.

LORENZO: **Por teléfono, al carabinero.**
¿Aló? ¿Señor carabinero? No sale nada. **A Clara.** Que le echas más fuerte, dice.

Clara le echa desmaquillante más fuerte.

CLARA:
No, nada.

LORENZO: **Al carabinero.**
No, nada. ¿Qué hacemos? ¿Cómo que vea yo? ¿No me va a mandar una patrulla?
No, no está armada. No, no ha sido violenta. Pero es alguien desconocido que entró a la fuerza a nuestra casa... no, no sé, a ver... **A la mujer haitiana.** ¿Entraste por la fuerza?

LA MUJER HAITIANA: **Mostrándole unas llaves.**
No, entré con mis llaves.

LORENZO: **Al carabinero.**

Tiene las llaves de mi hija... no, no creo que sea una broma. Y si es una broma no la entiendo. Si, si sé que los jóvenes hacen cosas raras. No, no sé dónde está mi hija. Debe estar por llegar. Está bien, lo llamo en un rato. Hasta luego.

CLARA:

¿Qué dijo?

LORENZO:

Dijo que probablemente era una broma de Cristina, que los jóvenes tienen un humor muy extraño. Que su hijo, de broma también, se disfrazaba de mujer todo el tiempo y que él no entendía bien el chiste pero que se reía igual.

CLARA:

¿Entonces esto sería una broma?

LORENZO:

Al parecer sí.

CLARA:

No la entiendo.

LORENZO:

Yo tampoco.

CLARA:

¿Tú la otra vez no dijiste que los haitianos te daban risa?

LORENZO:

No, dije que los payasos me daban risa.

LA MUJER HAITIANA:

Puedo disfrazarme de payaso, si quieren.

LORENZO:

No, gracias, no es necesario.

CLARA:

¿Dónde está Cristina?

LA MUJER HAITIANA:

Aquí estoy.

CLARA:

No tú, la verdadera Cristina. Ya debería haber llegado a la casa.

LORENZO:

Tú que eres su amiga, ¿Sabes dónde está?

LA MUJER HAITIANA:

No soy su amiga. Soy ella. Se los juro.

Suena el teléfono. Clara va a contestar.

CLARA:

¿Aló? Sí, con ella. ¿Qué? ¿Es una broma? No es gracioso.

Clara corta, aterrada.

LORENZO:

¿Quién era?

CLARA:

Era del trabajo de Cristina. Dijeron que Cristina está muerta. Que tuvo un accidente con una máquina.

LORENZO:

¡Esto se acabó! ¡Dinos dónde está nuestra hija!

LA MUJER HAITIANA:

¡Yo soy tu hija!

CLARA: **Llamando por teléfono.**

La voy a llamar por teléfono.

Comienza a sonar el celular de Cristina. La mujer haitiana lo tiene en el bolsillo. Lo saca y contesta.

LA MUJER HAITIANA:

¿Aló?

LORENZO:

Clara, trae la escopeta.

Clara sale.

LORENZO:

¿Qué le hiciste a mi hija?

LA MUJER HAITIANA:

Nada, nada, se los juro.

Aparece Clara con una escopeta, con ella apunta a la mujer haitiana.

CLARA:
Dinos la verdad.

LA MUJER HAITIANA:
¡Les estoy diciendo la verdad!

LORENZO:
¡Te vamos a matar!

CLARA:
Dinos dónde está nuestra hija.

LA MUJER HAITIANA:
Ya les dije...

CLARA:
Si vuelves a decirme que tú eres mi hija te voy a disparar...

LA MUJER HAITIANA:
¿Le vas a disparar a tu propia hija?

Clara dispara hacia el cielo.

LORENZO:
Habla o te vamos a matar.

LA MUJER HAITIANA:
Está bien, está bien. Yo no soy su hija...

CLARA:
¿Quién eres?

LA MUJER HAITIANA:
Soy una compañera de trabajo de Cristina...

LORENZO:
¿Dónde está?

LA MUJER HAITIANA:
Está muerta.

CLARA:
¿Qué?

LA MUJER HAITIANA:
Está muerta. Tuvo un accidente esta tarde. Una máquina le cortó ambas piernas y ella murió.

LORENZO: Devastado.

Dios mío... Mi niña... mi pobre niña...

CLARA:

¿Y tú qué haces aquí?

LA MUJER HAITIANA:

Yo no tengo casa. Tampoco tengo familia. Estoy sola. Vine a este país a ser feliz. Y no he sido feliz ni siquiera por un segundo. Su hija Cristina en cambio era tan feliz. Siempre hablaba de lo mucho que ustedes la querían. Nos contaba que ustedes la esperaban acá en la casa con un plato de comida. Mi madre murió cuando yo era joven. Tuve que hacerme cargo de mis hermanos. Dos de ellos murieron y tuvimos que... ni siquiera puedo decirlo. Nunca supe quién era mi padre. Abusaron de mí toda mi infancia y toda mi adolescencia. Antes de morir Cristina me pidió que viniera a decirles a ustedes que ella los amaba, y a pasarle sus cosas. Pero cuando llegué acá se me ocurrió hacerme pasar por ella por un rato. Para aplazar un poco su dolor. Y para yo por un momento sentirme tan amada como se sentía ella. Sé que es una locura pero... a veces en la vida suceden cosas que parecen imposibles... pero suceden... ahora ustedes necesitan una hija y yo necesito una familia. Puedo quedarme acá y entregarles todo ese amor que siempre he querido dar. Puedo ayudarles a pasar por estos momentos difíciles. Cristina y yo éramos amigas. A ella le habría gustado que esto sucediera. ¿Qué dicen?

Pausa. De pronto, Lorenzo toma la escopeta y le dispara a la mujer haitiana, que se cae al piso. Clara comienza a llorar a gritos. Lorenzo se sienta en una de las sillas con la mirada perdida. Después de un rato, Lorenzo le dispara a Clara. Luego se pone la escopeta en la boca y vuelve a disparar.

ESCENA 4: La verdad, parte 1.

El mismo living comedor de antes. Ernesto está sentado a la mesa. Al lado de él se encuentran Dolores, su esposa embarazada y Damián, su dulce hijo de 15 años. Ernesto está sucio y manchado con sangre.

ERNESTO: Llorando.

Sonó como un disparo. Fue un sonido seco, espantoso, de huesos que se quiebran, de músculos que se aplastan. Los que estábamos cerca de donde cayó quedamos llenos de sangre y de masa encefálica. Me acerqué a verla pero ya estaba muerta. Era una niña haitiana. Había sido una niña haitiana pero ya no era nada. Era como si hubiera estado hecha de plastilina. Era una masa inconexa donde todo estaba fuera de lugar. Su corazón estaba tirado un poco más allá. Me acerqué a recogerlo. Aún estaba tibio, aún parecía que latía. Tenía los ojos abiertos, o al menos creo que esos eran sus ojos, me pareció que miraba al vacío. Sostuve su corazón en la mano por un rato, no sé por qué...

DAMIÁN:

¿Papá, quieres agua?

ERNESTO:

Sí, gracias.

Damián le sirve un vaso con agua.

DAMIÁN:

¿Te sientes bien, papá?

ERNESTO:

No, hijo.

DOLORES:

¿Y era negra?

ERNESTO:

¿Qué?

DOLORES:

¿Era negra?

ERNESTO:

No te entiendo.

DOLORES:

Que si ella era negra.

ERNESTO:

¿A qué te refieres?

DOLORES:

Dijiste que era haitiana. ¿Era negra? La niña que viste como se suicidó.

ERNESTO:

¿Qué tiene que ver eso?

DOLORES:

No sé...

ERNESTO:

Sí, era negra.

DOLORES:

Dios mío, qué terrible.

ERNESTO:

¿Habría sido menos terrible si no hubiera sido negra?

DOLORES:

¿Qué? No... No estoy diciendo eso.

ERNESTO:

¿Entonces qué es lo que estás diciendo?

DOLORES:

Nada... ¿Qué pasa?

ERNESTO:

Acabo de ver como se murió una persona en la calle. ¿Por qué es importante saber si era negra o no?

DOLORES:

No sé. Me pareció oírte decir que era negra.

ERNESTO:

¿Y de todo lo que te conté eso fue lo que más te interesó?

DOLORES:

No sé... ¿Qué tiene?

ERNESTO:

No te entiendo.

DOLORES:
Sólo hice un comentario.

ERNESTO:
Era negra.

DOLORES:
Ya lo sé, ya me lo dijiste.

ERNESTO:
¿Te gusta que haya sido negra?

DOLORES:
¡No! ¡Ernesto, por favor!

ERNESTO:
¿Entonces por qué hiciste esa pregunta?

DOLORES:
No sé, no sé por qué la hice.

ERNESTO:
Sí lo sabes.

DOLORES:
Ya para, Ernesto. Disculpa. No debí haberte preguntado eso. Lo siento.

DAMIÁN:
¿Qué edad tenía?

ERNESTO:
Trece años.

DAMIÁN:
¿Y por qué lo hizo?

ERNESTO:
Habían abusado de ella. Tres hombres la habían violado.

DOLORES:
Qué terrible.

ERNESTO:
Para con eso.

DAMIÁN:
¿Por qué abusaron de ella?

ERNESTO:

No lo sé...

DOLORES:

Es terrorífico.

ERNESTO:

¡Para, Dolores! No te creo nada, para.

DOLORES:

Dios mío, Ernesto, ¿Qué te pasa?

ERNESTO:

¿Por qué dices “terrorífico” si no lo sientes?

DOLORES:

¿De qué estás hablando?

ERNESTO:

Siempre haces eso.

DOLORES:

¿Qué cosa?

ERNESTO:

Decir cosas que no sientes.

DOLORES:

Cálmate, Ernesto.

ERNESTO:

Era negra, era súper negra. ¿Estás contenta?

DOLORES:

¿Cómo voy a estar contenta?

ERNESTO:

Nunca había visto a alguien de un color tan negro en mi vida.

DOLORES:

¡Para!

ERNESTO:

Ya no aguanto más.

DOLORES:

¿Qué cosa?

ERNESTO:
Esto. A ti. A mí. Esta vida.

DOLORES:
¿De qué estás hablando?

ERNESTO:
Somos miserables.

DOLORES:
¿Qué?

ERNESTO:
Eso.

DOLORES:
¿De qué estás hablando?

ERNESTO:
Separémonos. ¿Qué estamos haciendo juntos? Nos odiamos.

DOLORES:
¿Es una broma?

ERNESTO:
No.

DOLORES:
¿Es porque te acabo de preguntar si una niña negra era negra?

ERNESTO:
Es mucho más profundo que eso.

DOLORES:
¿Por qué?

ERNESTO:
Tú no entiendes nada.

DOLORES:
Damián, ándate a la pieza.

ERNESTO:
Que se quede, que sepa cómo son las cosas verdaderamente.

DOLORES:
¿Qué te pasa, Ernesto?

ERNESTO:
Estoy cansado de esta farsa.

DOLORES:
¿A qué farsa te refieres?

ERNESTO:
A esta casa, a estos platos, a esta mesa.

DAMIÁN:
¿Por qué son una farsa, papá?

ERNESTO:
Todo es mentira, hijo.

DAMIÁN:
¿Cómo lo sabes, papá?

ERNESTO: **Quebrando un plato contra el suelo.**
Todo se rompe tan fácilmente. Ese plato. El cuerpo de esa niña. Nosotros.

DOLORES:
¡Dios mío! ¡Ernesto, me estás asustando!

ERNESTO:
Perdónenme, no es mi intención. Sólo quiero ser sincero con ustedes por primera vez en mi vida.

DOLORES:
No entiendo.

ERNESTO:
No te amo. Nunca te he amado, creo que deberíamos separarnos.

DOLORES:
¡Ya para! ¿Qué estás diciendo?

ERNESTO:
Te he engañado.

DOLORES:
¿Qué?

ERNESTO:
Te he engañado con hombres.

DOLORES:
¡Ándate a la pieza, Damián!

DAMIÁN:
Quiero quedarme.

ERNESTO:
Déjalo que se quede.

DOLORES:
Ay, me siento mal...

DAMIÁN:
Siéntate, mamá, tranquila, toma agua...

DOLORES:
¿Consumiste alguna droga?

ERNESTO:
No, estoy muy lúcido.

DAMIÁN:
¿De verdad has estado alguna vez con algún hombre, papá?

ERNESTO:
He estado con muchos hombres.

DAMIÁN:
¿Y cómo ha sido?

DOLORES:
¡No le sigas la corriente, Damián! Es mentira... es mentira... no es verdad...

ERNESTO:
Algunas veces ha estado bien y otras veces mal.

DOLORES:
Voy a vomitar...

DAMIÁN:
Tranquila, mamá...

DOLORES:
Llama por teléfono a la abuela.

ERNESTO:
No, no la llamen.

DOLORES:

Tu madre va a saber qué hacer contigo.

ERNESTO:

No la llames, te lo suplico.

DOLORES:

¿Por qué no?

ERNESTO:

Ella no es mi madre.

DAMIÁN:

¿La abuela no es tu madre?

ERNESTO:

No.

DOLORES:

Te volviste completamente loco.

DAMIÁN:

¿Qué hago? ¿La llamo?

DOLORES:

Sí, dile que venga.

ERNESTO:

No, ella no es mi madre.

DOLORES:

¿Y quién es entonces?

ERNESTO:

Es una actriz.

DOLORES:

¿Qué?

ERNESTO:

Es una actriz, yo le he estado pagando todos estos años para que se haga pasar por mi madre.

DAMIÁN:

¿Una actriz?

ERNESTO:

Un actor de hecho, es hombre.

DOLORES:

¿De qué estás hablando, estúpido? Ahí hay una foto de los dos cuando tú eras niño...

ERNESTO:

Esos no somos nosotros.

DOLORES:

¡Eres tú!

ERNESTO:

No. Recogimos esa foto de la calle. No sé quiénes son.

DOLORES:

Me falta el aire... me voy a desmayar...

Damián se levanta y llama por teléfono.

DAMIÁN:

¿Aló? ¿Abuela? Disculpa que te llame tan tarde, ¿Puedes venir? Mi papá está raro. Dice que tú eres hombre y que se quiere separar de mi mamá. No, antes estaba normal. No sé. Ok. También te amo.

Damián corta.

DOLORES:

¿Qué dijo?

DAMIÁN:

Que venía corriendo para acá.

ERNESTO:

No le crean nada de lo que dice.

DOLORES:

Damián, ándate a la pieza, te lo suplico.

ERNESTO:

¿Por qué quieres esconderle todo esto?

DAMIÁN:

Yo soy fuerte, mamá, puedo saber lo que sea.

DOLORES:
¿Por qué estás haciendo esto?

Tocan la puerta.

DAMIÁN:
Debe ser la abuela.

ERNESTO:
No le abran.

Dolores se levanta y abre la puerta.

ESCENA 5: La mujer blanca, madre de familia.

La habitación de una casa de clase media. Una mujer supuestamente blanca acaba de parir una guagua negra. Su marido, Jaime, un hombre blanco de 30 años, está junto a ella.

JAIME:
Me engañaste.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
No.

JAIME:
Sí.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
No.

JAIME:
No soy estúpido.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
Sí lo eres.

JAIME:
¿Qué?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
Sí eres un poco estúpido.

JAIME:
¿Entonces reconoces que me engañaste?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
No. No te engañé. Pero eres estúpido. Son dos cosas distintas.

JAIME:
¿Fue con ese haitiano que trabaja de jardinero en la casa del frente?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
No.

JAIME:
¿Con el haitiano que vende superochos en el semáforo?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
No.

JAIME:

¿Entonces con quién fue?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Con nadie, no te he engañado con nadie.

JAIME:

¿Entonces por qué nuestra guagua es negra?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

¿Qué tiene?

JAIME:

Nosotros somos blancos.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

¿Cómo lo sabes?

JAIME:

¿Qué?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

¿Cómo sabes que somos blancos?

JAIME:

¡Porque somos blancos!

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Cálmate.

JAIME:

¿Cómo quieres que me calme?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Esta guagua es tuya.

JAIME:

Para con tus mentiras.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Mi mama es negra. Y mi papa también.

JAIME:

¿Qué?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Son negros.

JAIME:
¿Por qué?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
¿Cómo por qué? Porque son negros.

JAIME:
¿Por qué tú eres blanca? ¿Eres adoptada?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
No.

JAIME:
No entiendo.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
Por supuesto que no entiendes, eres estúpido, ya te lo dije delante.

JAIME:
Cuando me hablas así me dan ganas de matarte.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
Mátame. Ya lo intentaste el otro día.

JAIME:
Ya te pedí disculpas por eso. Fue sin querer.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
Me perseguiste por la casa con un cuchillo.

JAIME:
Tú me amenazaste primero con una pistola.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
Por supuesto que te amenacé con una pistola. Te odio. Te miro como caminas. Las cosas que dices. Las cosas que hablas. Eres un hombre mediocre. Si yo fuera hombre jamás sería como tú. Sería un hombre elegante, sería profesor, le enseñaría a leer a los niños pobres, le enseñaría a las niñas pequeñas a acuchillar a los hombres que las tocaran donde no se debe...

JAIME:
¿De qué estás hablando? Deja de cambiar el tema. Me engañaste.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
No te engañé. Ojalá te hubiera engañado, te lo habrías merecido.

JAIME:
No te creo.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
No me importa si me crees o no. Voy a dejarte.

JAIME:
¿Qué?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
Voy a dejarte. Voy a irme lejos. Ya tengo hecha la maleta.

JAIME:
¿Qué?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
Ya hice mi maleta. Ahí está.

JAIME:
¿Te volviste loca?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
¿Por qué?

JAIME:
Acabas de parir hace quince minutos.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
Ya lo sé.

JAIME:
¿Es una broma?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
No. Es que he estado pensando.

JAIME:
¿En qué?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
En esto que hicimos.

JAIME:
¿Qué pensaste?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
Que lo hicimos sin pensar.

JAIME:

¿Sin pensar? Llevamos tres años casados.

UNA MUJER BLANCA VESTIDA DE NOVIA:

¿Qué son tres años dentro de la existencia humana?

JAIME:

¿De qué estás hablando?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Me voy, Jaime.

JAIME:

¿Adónde?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

A otro lugar. Necesito empezar de nuevo.

JAIME:

¿Ahora?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Sí. Ahora.

JAIME:

Pero acabas de parir.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Exactamente, Jaime, estoy llena de vida.

JAIME:

¿Por qué te vas a ir?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Pensé que este era mi lugar, pero ahora me doy cuenta de que no lo es.

JAIME:

¿Y cuál es tu lugar?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

No lo sé.

JAIME:

¿Cómo no lo sabes?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Tal vez debería ser hombre.

JAIME:
¿Qué?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
Tal vez debería ser hombre.

JAIME:
Te volviste completamente loca.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
¿Por qué?

JAIME:
¿Cómo vas a ser hombre?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
No sé. Operándome. Para eso existen los cirujanos plásticos. Así podría despertarme y ser otra persona. Como ese libro de ese hombre que se convierte en una cucaracha gigante. Suena una locura pero estas cosas suceden todo el tiempo.

JAIME:
¿Te gustan las mujeres?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
Sí.

JAIME:
¿Ya no me amas?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
No, Jaime, lo siento. Y honestamente, no creo que tú me ames a mí.

JAIME:
¿Cómo se te ocurre decir eso? Yo te amo.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
No creo.

JAIME:
¿Por qué estás siendo tan cruel?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:
Pensé que los dos sabíamos que esto que estábamos haciendo era un poco una mentira.

JAIME:
¡Yo no lo sabía! ¡Me hubieras avisado!

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Te lo dije anoche.

JAIME:

¿Cuándo?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Antes de dormirnos. Te dije: no sientes que esto que estamos haciendo lo estamos haciendo porque es lo que se supone que deberíamos estar haciendo.

JAIME:

¿Y eso significaba que quince minutos después de tener a nuestra hija tú me ibas a dejar?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

No, pero significaba que esto que hicimos yo tenía que probarlo primero para ver si lo estaba haciendo porque quería y no porque es lo que supone que debe hacerse.

JAIME:

Te escucho y no te reconozco.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Tú nunca me escuchas, Jaime.

JAIME:

¿Qué?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Nunca me escuchas realmente.

JAIME:

Yo puedo empezar a escucharte más.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

No se trata de eso.

JAIME:

¿Entonces de qué se trata?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

De la felicidad.

JAIME:

¿No eres feliz conmigo?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Alegre, puede ser. Animada quizás. O tal vez festiva. Pero feliz, feliz, no. Esas son palabras mayores.

JAIME:

Yo sí soy feliz contigo.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

No eres feliz conmigo.

JAIME:

¿Entonces te vas a ir?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Sí.

JAIME:

¿Cuándo lo decidiste?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Ahora, mientras me sacaban la placenta.

JAIME:

¿Es una decisión que tomaste hace quince minutos?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Sí.

JAIME:

¿Y cuándo hiciste esa maleta?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Hace dos semanas.

JAIME:

¿Hace dos semanas? Pero acabas de decirme que esto lo decidiste mientras te sacaban la placenta.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Sí. No es cierto. Te mentí. Lo decidí hace mucho.

JAIME:

¿Cuándo?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

No sé, probablemente cuando nos conocimos.

JAIME:

¿Entonces por qué hiciste todo esto? ¿Por qué me dijiste que me amabas? ¿Por qué te casaste conmigo? ¿Por qué decidiste tener un hijo conmigo?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Porque son las cosas que se supone dan felicidad, creo que estaba esperando en algún momento empezar a sentirme feliz.

JAIME:

No voy a dejar que te vayas.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

No te estoy pidiendo permiso.

JAIME:

Vas a volver, yo te conozco.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

No me conoces nada. No tienes idea de quién soy yo.

JAIME:

Eso es lo que tú crees.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Mostrándole una cicatriz en el pecho.

¿Sabes qué es esto?

JAIME:

No. Nunca has querido decirme qué te pasó.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Me dispararon con una escopeta.

JAIME:

¿Qué?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Me dispararon con una escopeta, hace años.

JAIME:

¿Por qué te dispararon?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Eso no es lo importante.

JAIME:

Bueno, no sabía que te habían disparado con una escopeta. Pero sé muchas otras cosas de ti.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Ni siquiera sabes nada sobre ti mismo, Jaime.

JAIME:

¿Qué significa eso?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Hay tanto de ti mismo que no conoces. No eres consciente de tu ira, de tu ignorancia, de la violencia con la que miras el mundo.

JAIME:

No puedo creer que esto esté pasando...

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Un día me lo vas a agradecer.

JAIME:

¿Qué es eso que tienes en la espalda?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

¿Qué cosa?

JAIME:

Esa mancha negra...

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Esa soy yo, Jaime.

JAIME:

¿Qué?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Tráeme desmaquillante.

JAIME:

¿Qué?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Tráeme desmaquillante.

JAIME:

¿Dónde hay?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Arriba, en el tocador.

Jaime sale. Una mujer supuestamente blanca observa a su pequeña hija negra recién nacida. La mujer le dice: Te amo, cuando crezcas podrás ser lo que quieras ser. Se lo dice en creole. Jaime vuelve.

JAIME:

No lo encontré.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Ni siquiera puedes encontrarte a ti mismo, Jaime.

Una mujer supuestamente blanca se levanta, se limpia la sangre y se prepara para salir.

JAIME:

¿Realmente te vas?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Sí.

JAIME:

¿Qué les voy a decir a todos? Mañana vienen mis padres a conocer a la niña.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Diles que me morí en el parto.

JAIME:

¿Qué?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Diles que me morí en el parto. Compra un ataúd y ciérralo. Contrata a algún actor para que se haga pasar por sacerdote. Dile a alguien que trabaje en un cementerio que tú le pagas para hacer un funeral falso. Di que me van a cremar. Lloro mucho. Cuelga fotos mías en las paredes. Nadie lo va a cuestionar. Y así te evitas la humillación de decir la verdad.

JAIME:

No sé quién eres.

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

Ni siquiera yo lo sé, Jaime.

JAIME:

¿Esa hija es realmente mía?

UNA MUJER SUPUESTAMENTE BLANCA:

No, Jaime, es mía. Hasta siempre. Que te vaya bien en la vida. No eres un mal hombre pero eres estúpido.

Una mujer supuestamente blanca toma su maleta, a la niña negra recién nacida y sale. Suena el teléfono. Jaime va a contestar.

JAIME:

¿Aló? ¿Mamá? **Comienza a llorar.** No, mamá... lo que pasa es que... lo que pasa es que... se murió en el parto. Ella y la niña, murieron. Yo estoy arreglando las cosas... el ataúd... el cementerio... ven a verme, mamá. Me siento tan solo y desorientado. Ven a verme. Ya no sé de qué se trata la vida.

ESCENA 6: La verdad, parte 2.

El mismo living del inicio. La Abuela Carolina está parada en el umbral de la puerta.

ABUELA CAROLINA:
¿Qué pasa, cariño?

DAMIÁN:
El papá dice que tú no eres nuestra abuela, que eres hombre, que eres un actor y que se quiere separar de mi mamá.

ERNESTO:
Un actor porno.

DAMIÁN:
¿Qué?

ERNESTO:
La abuela es un actor porno.

DAMIÁN:
Pero papá...

ERNESTO:
Yo no soy tu papá, hijo.

DOLORES:
¡Ernesto! Dios mío... **A la Abuela Carolina.** ¿Ves las cosas que está diciendo tu hijo? No sé qué hacer... No sé qué le pasa...

DAMIÁN:
¿No eres mi papá?

ERNESTO:
Ni ella tu mamá. Eres adoptado.

ABUELA CAROLINA:
¡Jesucristo, Ernesto! ¿Qué es lo que estás diciendo?

ERNESTO:
Ya deja de mentir.

ABUELA CAROLINA:
¿Qué es lo que te pasa? Siéntate, hijo, relájate, estás demasiado agitado, mi amor...

ERNESTO:

Yo no soy tu hijo.

ABUELA CAROLINA:

¿De qué estás hablando? Yo te parí, tú saliste de mis entrañas.

ERNESTO:

No, yo no salí de tus entrañas. Yo te empecé a pagar desde hace algunos años para que dijeras que eres mi madre. Pero eres un actor porno.

ABUELA CAROLINA:

Debe estar teniendo algún tipo de ataque de esquizofrenia.

DOLORES:

Pero él no es esquizofrénico...

ABUELA CAROLINA:

Los ataques le pueden venir a la gente durante cualquier momento de su vida. ¿Le pasó algo? ¿Por qué está lleno de sangre?

DAMIÁN:

Vio como una niña se suicidó en la calle.

ABUELA CAROLINA:

Dios mío, mi amor, eso es terrible. Deberías ir a recostarte.

ERNESTO:

No quiero recostarme. Por favor, ayúdame, Roberto, diles la verdad.

ABUELA CAROLINA:

¿Quién es Roberto?

ERNESTO:

Tú, tú eres Roberto.

ABUELA CAROLINA:

No soy Roberto, amor. Mírame a los ojos. Soy Carolina, tu madre.

ERNESTO:

¡No!

DOLORES:

Tal vez está estresado, ha estado trabajando mucho en el colegio...

ERNESTO:

Yo no trabajo en ningún colegio.

DOLORES:

Para, detente, te lo suplico.

DAMIÁN:

¿Dónde trabajas, papá?

DOLORES:

¡No le hagas más preguntas, Damián!

ERNESTO:

Somos actores de películas pornográficas.

DAMIÁN:

¿Tú también eres un actor porno?

ERNESTO:

Sí, querido.

DOLORES: **Llorando.**

¡Abuela Carolina! ¡Ayúdanos! ¡Mira las cosas que está diciendo!

ABUELA CAROLINA:

Tranquila, cariño... Está confundido, no sabe quiénes somos.

ERNESTO:

Sé perfectamente quiénes son. Tú y yo somos actores de películas pornográficas.

DOLORES: **Estallando.**

¡Tú eres profesor, Ernesto! ¡Por la mierda!

ERNESTO:

No soy profesor.

DOLORES:

Pero si te hemos ido a ver al colegio.

ERNESTO:

Yo voy a ese colegio cuando ustedes me van a ver, pero no trabajo ahí.

ABUELA CAROLINA:

Y yo estoy en el centro de madres, ¿Cómo se te ocurre que voy a ser actriz porno?

ERNESTO:

Actor, eres hombre.

DOLORES:

Ahí está tu título de profesor.

ERNESTO:
Es falso, un amigo lo hizo.

DOLORES:
¿Y la Patricia, el Camilo? Ellos son profesores, trabajan en el colegio contigo, han venido a la casa.

ERNESTO:
También son actores porno.

ABUELA CAROLINA:
Está tan confundido, ¿No se habrá pegado en la cabeza?

DOLORES:
Tal vez deberíamos llevarlo al doctor.

DAMIÁN:
¿Entonces quién es tu madre verdadera, papá?

ERNESTO:
Mi madre vive muy lejos de aquí, pero me odia, siempre me odió por ser quien soy.

DAMIÁN:
¿Quién eres, papá?

ABUELA CAROLINA:
Se volvió loco. Te van a encerrar en un manicomio si no dejas de hablar estupideces.

ERNESTO:
Ya para, de verdad, Roberto. Ya les dije que todo era una mentira, deja de fingir.

ABUELA CAROLINA:
Damián, ten cuidado, no te acerques mucho a él, está loco.

DOLORES:
Ven conmigo, mi amor.

DAMIÁN:
Quiero quedarme con mi papá.

ERNESTO:
Yo no soy tu papá, Damián.

DOLORES:
¡Para, Ernesto! ¡Para!

DAMIÁN:
¿De verdad soy adoptado?

DOLORES:
¡No es verdad!

ERNESTO:
Sí, amor mío.

ABUELA CAROLINA:
No le creas, cariño. Mira, si tú y tu papá son iguales.

DAMIÁN:
No nos parecemos en nada. Tengo el pelo claro, los ojos azules. No me parezco a ninguno de ustedes.

ERNESTO:
Dile la verdad, Dolores, no le mientas más.

DOLORES:
¡Cállate! ¡Damián! ¡Ándate a tu pieza!

DAMIÁN:
No, mamá.

ABUELA CAROLINA:
Voy a llamar a los carabineros.

ERNESTO:
Bájate los pantalones.

ABUELA CAROLINA:
¿Qué?

ERNESTO:
Bájate los pantalones.

ABUELA CAROLINA:
¿Por qué me estás humillando de esta manera?

DAMIÁN:
Bájatelos, abuela.

ABUELA CAROLINA:
¡Par de insolentes!

DOLORES:

¡Ya paren!

ERNESTO:

Eres un hombre. Eres un actor porno.

DOLORES:

Esto es una locura.

ABUELA CAROLINA:

Te volviste completamente loco. Me estás asustando.

ERNESTO:

¡Bájate los pantalones!

DOLORES: **Hablando con la policía.**

¿Aló? Carabineros, por favor necesito que manden una patrulla urgentemente a mi casa. Mi marido se volvió loco, dice que su madre es un actor porno y quiere bajarle los pantalones... ¿Aló? ¿Aló? Me cortaron. Nadie nunca va a creerme semejantes estupidez.

DAMIÁN:

¿Entonces quiénes son mis verdaderos padres?

DOLORES:

¡Nosotros!

ERNESTO:

Te adoptamos, no sabemos quiénes son tus verdaderos padres.

DAMIÁN:

¿Por qué me adoptaron?

ERNESTO:

Porque no podíamos tener hijos.

DAMIÁN:

Pero ahora mi mamá está embarazada de ti.

ERNESTO:

No es tu mamá y no está embarazada de mí.

DOLORES:

Si no te detienes te voy a matar, Ernesto. ¿Qué es lo que estás haciendo? ¿Qué quieres conseguir?

DAMIÁN:

¿Entonces mi mamá te engañó?

ERNESTO:

Sí, pero da lo mismo. No es tu madre y no la amo.

Dolores comienza a llorar histéricamente. La Abuela Carolina también.

ERNESTO:

¿Por qué lloran?

DOLORES:

¿Por qué nos odias, Ernesto? ¿Qué estás haciendo?

ERNESTO:

Yo sé que me engañaste. Pero no importa.

DOLORES:

Yo no te he engañado, Ernesto, te lo juro. Yo te amo.

ERNESTO:

Sé que me engañaste porque yo no puedo tener hijos.

DOLORES:

Siempre suceden milagros, Ernesto, este es un milagro. El doctor dijo que habían posibilidades mínimas... que había un 1 % de posibilidad... y eso es lo que es este hijo...

ERNESTO:

Yo le pagué al doctor para que te dijera eso.

DOLORES:

¿Qué?

ERNESTO:

No es verdad.

ABUELA CAROLINA:

Para, hijo.

ERNESTO:

¡No me digas más hijo! Ya todo se acabó, ¿Me escuchaste? Ya todo se acabó.

ABUELA CAROLINA:

¿Qué vas a hacer ahora?

ERNESTO:

Dolores, yo sé que no puedo dejarte embarazada porque soy mujer. Me operé hace muchos años. Yo antes era una mujer.

Dolores se desmaya. Damián camina hacia la Abuela Carolina y le baja los pantalones. Ella tiene pene.

ERNESTO:

¿Viste? Te dije. Es verdad. Todo lo que te he dicho esta noche es verdad.

ABUELA CAROLINA:

Damián, lleva a tu madre a recostarse a la cama.

Damián toma en brazos a su madre y la lleva a su pieza.

ERNESTO:

Para de fingir, Roberto.

ABUELA CAROLINA: **Hablando como hombre.**

¿Qué vas a hacer ahora?

ERNESTO:

No lo sé. Estoy desesperado. Siento que he empezado tantas veces de cero, y nunca he podido ser realmente feliz.

ABUELA CAROLINA:

¿Crees que pueda seguir viendo a Damián? Lo quiero como a un nieto.

ERNESTO:

No sé. No creo. Puede ser demasiado extraño para él.

ABUELA CAROLINA:

Me gustaba ser tu madre, es el mejor trabajo que he tenido. Creo que voy a seguir siendo la abuela Carolina, tengo varias amigas en el barrio, el estado me da una pensión... por favor, no le digas a nadie.

ERNESTO:

No le voy a decir a nadie.

ABUELA CAROLINA:

¿Vas a irte lejos?

ERNESTO:

Creo que sí.

ABUELA CAROLINA: **Volviendo a hablar como señora.**

¡Hasta pronto, Damián!

Damián aparece.

ABUELA CAROLINA:

Ven a darle un abrazo a tu abuela.

Damián no reacciona. La Abuela Carolina se resigna y sale caminando como hombre.

ERNESTO:

Lo siento, Damián.

DAMIÁN:

¿Quién eres entonces?

ERNESTO:

Soy una mujer haitiana a la que le gustan las mujeres, que se transformó en muchas cosas, y que ahora es supuestamente esto que ves.

DAMIÁN:

¿Por qué?

ERNESTO:

Creo que quería ser feliz.

DAMIÁN:

¿Y lo fuiste?

ERNESTO:

No.

DAMIÁN:

¿Quiénes son mis padres?

ERNESTO:

No lo sé.

DAMIÁN:

Siento que mis padres son las personas de la población. ¿Puedo ir a vivir con ellos?

ERNESTO:

Haz lo que quieras, Damián, no me importa, no eres mi hijo.

DAMIÁN:

¿No me quieres?

ERNESTO:

Por supuesto que te quiero, te quiero mucho.

DAMIÁN:
¿Nunca tuviste hijos?

ERNESTO:
Tuve una hija.

DAMIÁN:
¿Y dónde vive?

ERNESTO:
Acá en la casa, con nosotros.

DAMIÁN:
¿Acá en la casa?

ERNESTO:
Sí, escondida.

DAMIÁN:
¿Dónde?

Ernesto abre una puerta escondida en el living. De ahí sale una joven haitiana de 16 años.

DAMIÁN:
Hola.

ERNESTO:
No sabe hablar español, no puede entenderte.

DAMIÁN:
¿Qué hiciste con el corazón de la niña, papá?

ERNESTO:
¿Qué niña?

DAMIÁN:
El corazón de la niña, que se suicidó.

ERNESTO:
Me lo guardé en el bolsillo, hijo.

DAMIÁN:
¿Puedo verlo?

Ernesto saca de su bolsillo en corazón de la niña y lo pone sobre la mesa.

ERNESTO:
Te lo regalo.

DAMIÁN:
Gracias, papá.

Damián sale. Aparece Dolores.

DOLORES:
¿Quién es ella?

ERNESTO:
Es mi hija.

DOLORES:
Ha estado viviendo acá todo el tiempo.

ERNESTO:
Sí, escondida.

DOLORES:
Yo la había visto. Pero pensé que era un fantasma.

ERNESTO:
Es mi hija.

DOLORES:
¿Dónde está Damián?

ERNESTO:
Se fue.

DOLORES:
¿Adónde?

ERNESTO:
A la población.

DOLORES:
¿No lo detuviste?

ERNESTO:
No es nuestro hijo.

DOLORES:
Vamos a buscarlo, traigámoslo de vuelta...

ERNESTO:
¿Para qué?

DOLORES:
Para seguir viviendo como siempre.

ERNESTO:
Eso es imposible. Él ya sabe que todo es mentira.

DOLORES:
Digámosle que todo esto fue una broma por su cumpleaños.

ERNESTO:
Su cumpleaños es en abril y estamos en diciembre.

DOLORES:
Digámosle que su cumpleaños verdadero es en diciembre...

ERNESTO:
Dolores.

DOLORES:
¿Qué?

ERNESTO:
Yo me voy.

DOLORES:
¿Y qué voy a hacer yo ahora? No tengo nada.

ERNESTO:
Eso no es cierto.

DOLORES:
¿Ah, no? ¿Qué tengo?

ERNESTO:
Nada, es cierto, no tienes nada, sólo estaba tratando de ser amable.

DOLORES:
¿Y tú qué tienes?

ERNESTO:
Tengo a mi hija y a Leyna.

DOLORES:
¿Quién es Leyna?

ERNESTO:

Una mujer de la cual estuve enamorada hace muchos años...

DOLORES:

No te vayas.

ERNESTO:

Tengo que hacerlo.

DOLORES:

Voy con ustedes.

ERNESTO:

No te soporto, Dolores. Y tú tampoco me soportas a mí.

DOLORES:

No sé qué hacer.

ERNESTO:

Devuélvete a la población en la que naciste.

DOLORES:

¿Cómo se te ocurre? Yo soy una doctora importante...

ERNESTO:

Pero en el fondo eres una mujer de población. Ándate a vivir con tus padres. Con tu madre nana y tu padre albañil que tanto te avergüenzan y a los que no les hablas desde hace años. Pololea con tu vecino drogadicto. Ten la vida que te tocó vivir.

DOLORES:

Eso es absurdo, yo surgí.

ERNESTO:

No es cierto. Sigues siendo la misma de antes.

DOLORES:

Ya. Me voy a vivir a la población. ¿Y ahí qué? ¿Qué hago?

ERNESTO:

Pone una bomba en el hospital donde trabajas. Mata a los gerentes. A los jefes. Mátales a todos. Enséñale a leer a los niños pobres. Enséñales a las niñas a acuchillar a los hombres que los toquen en las partes que no se debe. Arreglale las casas a los pobres, atiende gratis a sus hijos, enamórate, ten un hijo de verdad. Ten un hijo pobre, que vaya a la universidad, que sea pianista, pero nunca deje de ser pobre, que nunca deje de vivir en la población. Créeme, Dolores. Sólo así vas a ser feliz.

Ernesto y su hija salen. Dolores se saca la peluca rubia, sus lentes de contacto azules, sus rellenos del pecho, una placa. Luego camina hacia el teléfono y marca un número.

DOLORES:

¿Aló? Mamá. Soy yo, su hija.

ESCENA 7: El regreso a Puerto Príncipe.

Haití. La mujer haitiana y su hija están paradas mirando la tumba de Leyna. La mujer haitiana habla en creolé.

LA MUJER HAITIANA:

Leyna nunca quiso irse conmigo. Ella dijo que nosotros éramos lo que éramos y que desde ahí debíamos rebelarnos. Leyna quería hacer la revolución. Quería que compráramos pistolas y saliéramos a matar a nuestros enemigos. A los violadores, a los misóginos, a los abusadores, a todos aquellos que han decidido que así tenía que ser la vida. Ella quería que nos tatuáramos la palabra lesbiana en nuestro cuerpo y que saliéramos así, orgullosas, a la calle. Un día te van a apedrear, le decía yo. Pero a Leyna no le importaba. Al menos habré sabido lo que era la verdadera libertad, me decía. Yo en cambio nunca lo supe. Sólo he sabido actuar, fingir, pretender. Y así se me ha pasado la vida. Pero ya no más. Ya no voy a tener miedo. Voy a conseguirme un trabajo. Voy a conseguirme a una mujer que me ame y cuando eso suceda voy a contárselo a mis padres. Voy a salir con ella a la calle de la mano, voy a besarme en público. Vamos a tener una casa con muchas flores, y vamos a cuidarte a ti, y vamos a tener cuatro hijos más, y vamos a ser la familia más feliz que ha existido en el universo. Hasta que un día me van a venir a buscar. Me van a llevar a la plaza y me van a apedrear hasta matarme. Porque está muy mal visto vivir como se quiere vivir. Pero antes de morir voy a mirar el cielo y voy a pensar, esto era la felicidad, así se sentía en el corazón. Y entonces no voy a sentir más dolor. Y tú vas a vivir igual. Tú también vas a ser feliz. Prométeme que tú también vas a ser feliz. Te lo suplico. Prométemelo, para eso te traje al mundo. Por favor. Prométemelo, prométeme que vas a ser feliz.